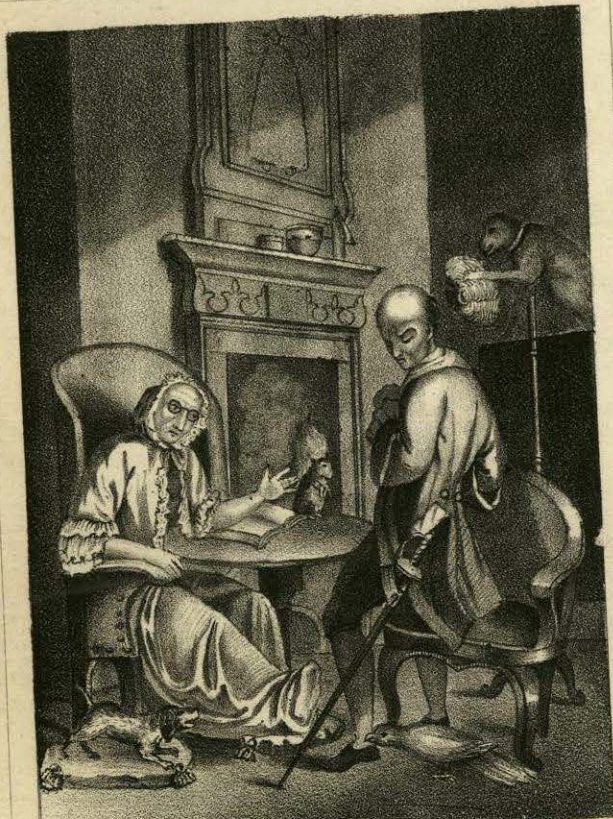
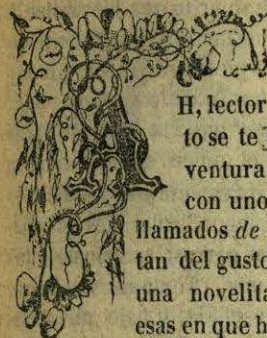


Cisco Mexicano.



Lo que me contó mi abuelo.

LO QUE ME CONTÓ MI ABUELO.



H, lector mio, y qué mal rato se te espera! ¿Crees por ventura que te voy á regalar con uno de esos articulillos llamados *de costumbres* que son tan del gusto del día? ¿Esperas una novelita espasmódica, de esas en que hay salvajes que rien y doncellas que lloran, y guerreros á la *Chactas*, y que sé yo que mas? ¿Te preparas á leer algun fragmento de esos filosóficos y misteriosos llenos de frases ambiguas y de puntos suspensivos, uno de esos fragmentos que excitan la admiracion general, porque ninguno los entiende? Pues te juro á fe mia que te llevas chasco! No, no te esperes nada de eso: lo que yo te voy á contar es una aventura, que nos refirió *en famille* mi abuelo cierta vez en que trataba de combatir la decidida aficion que mostraba uno de sus nietos en favor de la raza canina. Escucha, pues, y si no quieres, no escuches; que á mi de eso se me da un bledo, lo que importa es borrar papel y ¡adelante! (Direte de paso y para descargo de mi conciencia, que juzgo mas fácil en estos tiempos el que le digan á uno: ¡atrás!)

Perico, estate quieto. Deja en paz á ese perro; lo vas poniendo feroz. Dentro de poco nadie querrá visitarnos, porque todos temerán salir con un buen mordisco.

--Antes lo estoy amansando, papá grande.

--Mejor seria que no le dispensaras tu proteccion... Qué ojeriza les tengo yo á todos los animales favoritos! Ya se vé; razon sobrada he tenido.

--¿Por qué, papá grande?

--Acercaos, muchachos, y os referiré una aventura. Sabed que allá por los años de Dios, de 1804, aunque ya tenia yo mis alifafes, era sin embargo todavia bastante alentado, y existian muchas personas de ambos sexos que habian sido testigos y partícipes de mi época de esplendor. ¡Ah, si me hubierais visto entonces! Aquellos sí que eran tiempos felices, no como estos de tráfico de sueldos y de certificados de cobre: entonces reinaba el buen gusto, y habia elegancia en el vestir; entonces los hombres parecian hombres y no muñecos

como ahora; entonces estaban en su apogeo el calzon corto y el chupin.... pero dejemos estos recuerdos tristes; lo que me consuela es que al fin y al cabo allá han de ir á parar otra vez.

Pues señor, en el tiempo de que os hablo, recibí noticia de que habia llegado á México Doña Virginia Cascales, señora de las de mas rango en su tiempo, y á quien yo habia dedicado mis primeros amores; pero qué amores! tan inocentes, tan platónicos.... Os juro que en nada se parecian á los afectos impuros de esos lechuginos que Dios perdone. Hacia mucho tiempo que no veia á Doña Virginia, quien habia conservado intacta su virginidad, y no habia dispuesto de aquella mano, objeto de mis honestas pretensiones, en época mas venturosa.

Naturalmente debeis suponer que no pude saber con indiferencia su llegada á la capital, y me dispuse á hacerle una visita. ¡Pluguiera al cielo que jamas se me hubiera ocurrido semejante idea! ¡Ah, hijos mios, y qué lejos estaba yo de presentir lo que me iba á suceder!

A las seis de la tarde del día infausto de que voy á hablaros, me dirigí, despues de haberme acicalado y atusado el peluquin, á casa de Doña Virginia, con quien deseaba tomar chocolate. De paso entré al Parian y compré uno de esos maravillosos pañuelos de cuadros blancos y encarnados que entonces eran muy estimados, y hoy están por los suelos: ya se vé, entonces lo bueno era caro y lo malo barato; mas ahora sucede exactamente lo contrario.

Contento con mi nueva adquisicion, subí la escalera de la casa de Doña Virginia, y me encontré en una sala adornada con sus pantallas, su *viacrucis* de madera pintada de verde y otros adornos igualmente piadosos, que para vergüenza nuestra han desaparecido de las casas que ahora adornan esos malditos extranjeros. En la recámara inmediata oí los ladridos de un perrito poblano, los gritos de un loro y otros ruidos indefinibles que llenaron mi alma de consternacion. ¡Ah, hijos mios, qué escena se me esperaba! Me tiembla la voz al recordarlo solamente.

--Pase V. á la recámara, me dijo la criada. Mi ama está atacada de reuma y no puede andar.

Entré en efecto, y el amable falderito se lanzó con furor sobre mí; yo no tuve mas recurso que hacerle un quite con mi sombrero que sacó una herida mortal, herida que yo deploré con todas las veras de mi alma, porque era un sombrero de honra y provecho, y no una de esas filigranas que nos traen ahora los gabachos.

—Válgame Dios, señor D. Simon, me dijo Doña Virginia, que yacia repantigada en un sillón, con las piernas envueltas en flanela. ¡Cuánto siento que Jazmin le haya roto á V. el sombrero! Pero es tan vivaracho, y les tiene tanta tirria á los hombres, que....

—Oh, deje V., no es nada, absolutamente nada, la respondí, ocupando una silla frente á frente de la suya, y recorriendo con la vista el aposento que encontré habifado por un loro, una ardilla, un perro, un mono, y en fin, por Doña Virginia.

—¡Qué bien hice en no casarme contigo! dije para mis adentros. ¡Donosa familia me íbas á regalar con el tiempo!

—¿Qué le parecen á V. mis animalitos?

—Preciosísimos, la respondí, desviando un poco la silla, porque el falderito me amenazaba desde su cojín.

—¿Qué quiere V. que haga yo? No tengo hijos, (lanzándome una mirada de ternura) y me contento con cuidar á estos pobrecillos.

—Tiene V. razon.—Entabiamos una conversacion sobre el libro que estaba leyendo, y que era nada ménos que el titulado: „Luz de las verdades católicas,” obra del célebre padre Parra, tan conocido por sus cultísimas pláticas. Asunto como este, naturalmente debia interesarnos, y en efecto, yo me habia acalorado al ensalzar las bellezas de aquella famosa plática sobre la sal del bautismo que comienza con este primor. „A la mejor sazon se nos ha venido la sal. A la sazon del dia de mi glorioso padre San Ignacio, la sal de la sabiduria, etc. En lo mejor de mi panegirico estaba yo, y Do-

ña Virginia con las gafas caladas me escuchaba embebecida, cuando senti unas tenazas que me oprimian fuertemente un poco mas arriba del calcañar. El dolor fué agudísimo, y prorrumpí en un espantoso grito que hizo saltar Doña Virginia, despertar al perro, y poner movimiento al mono y á la ardilla. Era el loro maldito que me habia dado una mordida.

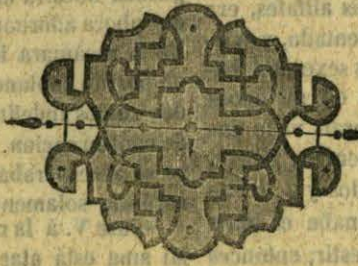
En el momento en que aquella estancia parecia una Babilonia, el mono aprovechandose del tumulto, saltó á un estante y se puso al nivel de mi cabeza: un segundo despues mi peloquin estaba entre sus garras; sacarlo de ella fuera obra de romanos. Tomo mi sombrero tartamudeo una despedida, y bajo precipitadamente la escalera; me juzgo ya fuera de riesgo, mas al llegar al zabuan, una terrible punzada en el muslo derecho me hace llevar hácia él prontamente la mano; la llevo en efecto y recibo en ella otro mordisco. La faldera estaba agujerada; sacudo fuertemente el faldon y sale de él un animal envuelto en un girón de lienzo blanco y encarnado. El animal era la ardilla de Doña Virginia: los girones eran los restos de mi desventurado pañuelo.

—Y volvió V. á visitar á Doña Virginia, papá grande?

—¡Vaya una pregunta!

Aquí acaba el cuento de mi abuelo. Imperterritito lector, (pues tal debes de ser, puesto que has podido llegar hasta este punto): réstale puramente darte las gracias por tu compañía, y advertirte que si dudas de lo exacto de la ta que del padre Parra hizo mi abuelo, registre la edicion que se hizo de esa obra en Filadelfia el año de 1827, y en la página 415 encontrara satisfecha tu curiosidad. Vale.

México junio 1.º de 1844.
DON JUAN DE AZPEITIGURREA.



HISTORIA.



L estudio de la historia es sin contraccion el que hoy mas interesa á los hombres; esto está universalmente reconocido, y las investigaciones para perfeccionar este ramo de los conocimientos humanos forman una de las necesidades dominantes de nuestra época. Generalmente se dice que la historia es la maestra de los gobiernos, á lo que puede agregarse que no lo es menos de los pueblos; el que lee en lo pasado lee en el porvenir; y así los ciudadanos de una república, que pueden ser llamados indistintamente para tomar parte en el ejercicio del poder, deben dedicarse á este estudio con grande asiduidad y profunda meditacion. Un escritor compatriota nuestro ha dicho con razon que la historia que en los estados monárquicos suele mirarse como ornato de la educacion liberal de algunas clases, en las repúblicas, donde todos los ciudadanos ejercen parte de la soberania popular, y pueden ser llamados á los primeros puestos, debe considerarse como de absoluta necesidad. Esta verdad es palpable, porque ¿qué seria de un estado si los hombres que estuviesen rigiendo sus destinos ignorasen la ciencia de los hechos? este estado no seria mas que una nave sin piloto en un mar tempestuoso, que se estrellaria contra las rocas al impetu de las olas; así tambien el hombre que sin conocimiento de lo pasado se encontrara dirigiendo á una nacion, no seria mas que un ciego abandonado en un bosque y rodeado de precipicios en que no podria menos que perecer. Nadie puede gobernar á los hombres sin conocerlos, para conocerlos es preciso estudiarlos, y este estudio solo puede hacerse en la historia, donde se ven retratadas sus pasiones y reproducidas sus opiniones. La historia, segun la bella espression de Simonde de Sismondi, representa como un gran espejo, á las sociedades venideras, los resultados de todas las teorías y de todas las experiencias de las sociedades pasadas. En efecto, en la historia ven los que gobiernan de cuán funestas trascendencias son para las naciones sus excesos y sus demasías, y cuán contrario es el despotismo á la marcha de la civiliza-

cion. Los pueblos á su vez conocen cuán peligrosos son sus delirios y cuán arriesgado es para ellos mismos el desenfreno de una revolucion. De aquí debe indispensablemente resultar que los que gobiernen ejerzan el poder sin tiranía y usen de la fuerza, no para oprimir sino para conservar, y que el pueblo usando de sus derechos, no desconozca sus deberes y goce de una justa libertad odiando la licencia.

Mas para obtener todos estos buenos resultados no basta saber simplemente los hechos, y recargar la memoria de fechas y acontecimientos, es preciso meditar atentamente en las causas de estos hechos así como en sus consecuencias, evitar la repeticion de los actos que produjeron algun mal en las pasadas sociedades, é imitar aquellas acciones de los hombres eminentes, que supieron labrar la felicidad y grandeza de su patria, pues solo de este modo la historia cumplirá con su objeto, siendo un curso de moral y de política. „No considerar la historia, dice un escritor filosofo, mas que como un inmenso conjunto de hechos ordenados por fechas con que se quiera enriquecer la memoria, no es mas que una vana y pueril curiosidad, que revela un espíritu mediocre, ó cargarse de una erudicion infructuosa que no sirve mas que para formar pedantes. ¿Qué nos importa conocer los errores de nuestros padres si no sirven para hacernos mas discretos?”—Ademas es preciso al estudiar la historia depouner toda preocupacion y parcialidad, así como las afecciones personales, para poder juzgar á los hombres, no por los males ó bienes que han hecho á un individuo, sino por los que han hecho á la patria.

Finalmente, mucho pudiera decirse acerca de este estudio sin limites, pero para entrar en pormenores seria necesaria una inteligencia y una erudicion muy superiores, á las nuestras, por lo que nos hemos limitado á traducir el artículo siguiente escrito por Mr. Ch. Du Rozoir, quitándole aquello que nos ha parecido poco conducente á nuestro objeto.